

Colby Dickinson, Hugh Miller y Kathleen McNutt (eds.), *El desafío de Dios. La filosofía continental y la tradición intelectual católica*, trad. por Pedro A. Reyes Linares, México, Universidad Iberoamericana/ITESO, 2025, 264 pp., ISBN: 978-607-2644-89-2

CARLOS GUTIÉRREZ LOZANO
Instituto Tecnológico Autónomo de México

El libro es la traducción al español de una serie de conferencias organizadas por el Departamento de Filosofía de la Universidad Loyola de Chicago en el año 2020. El subtítulo llama poderosamente la atención: la filosofía continental y la tradición intelectual católica. Hay que decir que inmediatamente en el prefacio se precisa que no es la filosofía continental sin más, sino la filosofía continental de la religión (FCR) y la tradición católica. Los editores señalan, considero que, con razón, que esa relación no ha recibido la atención y profundización que se merece. Si bien es cierto que los autores que escriben y sobre los que se escribe pertenecen al espacio europeo y estadounidense, la tradición intelectual católica está presente también en otros continentes y países, y en otras lenguas.

Esta relación es profundizada en la excelente introducción, en la que se señala que “la tradición intelectual católica ha sido un (y probablemente incluso el) motor primordial de la FCR (no necesariamente de la filosofía continental en general, sino de la FCR)” (p. 13). Esta tradición se ha servido metodológica y temáticamente de la filosofía continental (de la fenomenología de Husserl y Heidegger, de la hermenéutica de Gadamer, del nihilismo y la muerte de Dios de Nietzsche, del existencialismo de Kierkegaard, del pensamiento posmoderno de Vattimo, entre otros), lo cual no impide que tengan cierta coincidencia, a saber: alejarse

del esquema mental onto-teológico y de la razón fría, abstracta y desencarnada (que también está presente en la filosofía analítica de la religión, al menos, antes del giro pragmático del segundo Wittgenstein) y buscar nuevas maneras de hacer frente al desafío de Dios.

La introducción también destaca aspectos fundamentales que la FCR ha explorado y que permanecen como campos de profundización, sobre todo, en orden a la necesaria complementación con la filosofía analítica de la religión. Estos aspectos son la inclusión de los afectos (si todo libro por definición no fuese limitado en sus pretensiones, diría que se extraña la epistemología de la virtud –corriente también prácticamente circunscrita al ámbito angloparlante– como acceso fundamental a la filosofía de la religión) y la importancia de la experiencia religiosa (de allí la pertinencia del capítulo sobre los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola). Mostrando una postura a la vez crítica y orientadora al futuro, los autores expresan el deseo de que la filosofía continental de la religión sea menos expositiva (es decir, comentadora de autores) y más constructiva (es decir, exploradora de temas y perspectivas, como David Tracy, John Caputo o Richard Kearney). También abogan por la continuación de un diálogo abierto y respetuoso entre la filosofía analítica de la religión y la filosofía continental de la religión; personalmente deseo lo mismo y lo he intentado a través del análisis del pensamiento filosófico religioso del cardenal John Henry Newman, nombrado dos veces en el texto.¹

Respecto al contenido específico de las aportaciones del libro, percibo tres acentos diferentes, lo cual no indica que no se toquen en algunos aspectos: 1) las contribuciones más “filosóficas” (la reflexión sobre el infinito como atributo divino en Peperzak y la respuesta de Tracy; la reflexión sobre la ambivalencia del ser en Marion y la respuesta de Miller); 2) las que combinan reflexiones filosóficas con prácticas religiosas cristianas católicas (la reflexión sobre la experiencia religiosa en los *Ejercicios espirituales* de Horner y la respuesta de Molina o el anateísmo teopoético de Kearney y la respuesta Manoussakis); y 3) las más “teológicas”,

¹ Carlos Gutiérrez Lozano, *Mit dem eigenen Herzen denken. Zur religionsphilosophischen Bedeutung John Henry Newmans im Gespräch mit Otto Mucks Philosophie der Weltanschauung* (Innsbruck University Press, 2025).

pues tratan directamente cuestiones de doctrina y magisterio católicos (el principio católico de Caputo y la respuesta de McCarthy o el Dios crucificado de Altizer y la respuesta de Kotsko).

Todas estas reflexiones intentan dar respuesta a la cuestión del desafío de Dios, jugando con las posibilidades que ofrece la expresión: Dios como sujeto (¿u objeto?) del desafío o el desafío que Dios mismo pone al ser humano con su presencia y manifestación. Así, Peperzak afirma que “Dios ‘desafía’ a todos los humanos en ‘Cristo’” (p. 46). Por ello, propone: “*Filosofía, teología y espiritualidad* tienen que experimentarse y pensarse como tres perspectivas complementarias sobre una misma realidad” (p. 47). Tracy argumenta que Dios nos desafía por su infinitud, de modo que “la idea del Infinito constituye una comprensión fundamental que todo pensador preocupado por nombrar a Dios debe abordar” (p. 61). El desafío de Dios lleva a Marion a considerar la posibilidad de una ontología teologal, incluso crística, centrada en el don, en el amor más que en el ser. La respuesta de Miller a Marion apunta hacia la kenosis divina –y su recepción en Vattimo y otros– como el supremo desafío de Dios. Para Horner, el desafío de Dios radica en la posibilidad de pensar la revelación en relación con la experiencia personal de Dios. Al responder a Horner, Molina ve el desafío de Dios en lo extraordinario de la experiencia personal ordinaria. Caputo argumenta, siguiendo a Paul Tillich, que “[e]l desafío de Dios es incondicional; es el desafío de lo incondicional, que irrumpe en nosotros bajo circunstancias condicionales históricas y contingentes” (p. 161). McCarthy, en su respuesta a Caputo, reconoce que el desafío de Dios consiste en escuchar hoy al Espíritu que habla en la historia concreta y en las circunstancias concretas de las personas concretas, y sentencia como resumen anticipado de todo el libro: “Toda persona que se llame a sí misma teóloga o teólogo, tiene de alguna manera que enfrentar este desafío de Dios” (p. 174). Altizer sugiere que el desafío de Dios se encuentra en la sensibilidad hacia la teología apocalíptica de los grandes literatos (Dante, Milton, Blake, Joyce), mientras que Kotsko, al subrayar la importancia de Altizer, enfatiza que el desafío de Dios puede leerse, con Bonhoeffer, como “cristianismo sin religión” (p. 200). Finalmente, para Kearney, el desafío de Dios se presenta en el

anateísmo después del teísmo y del ateísmo, el cual se manifiesta en el acontecimiento teopoético ampliamente entendido, cuyo modelo es el ícono de la Trinidad de Rublev, al tiempo que, en su respuesta a Kearney, Manoussakis entrevé el desafío de Dios en el pensar conjuntamente la religión y la tecnología, “lo maquinal y la fe” (p. 243).

Se trata de un libro lleno de reflexiones profundas e inteligentes que invita a ser conscientes de las dimensiones del desafío de Dios. La traducción es buena, aunque se agradecería que la bibliografía estuviera en el idioma original o en español para mayor utilidad de lectores y lectoras.